

Libros y lecturas. Los desafíos del mundo digital*

Roger Chartier**

Fecha de recepción: 2 de noviembre de 2017

Fecha de aceptación: 22 de noviembre de 2017

Fecha de modificación: 01 de diciembre de 2017

<https://doi.org/10.7440/res64.2018.09>

Cómo citar: Chartier, Roger. 2018. "Libros y lecturas. Los desafíos del mundo digital". *Revista de Estudios Sociales* 64: 119-124. <https://doi.org/10.7440/res64.2018.09>

Elegí como tema de mi conferencia los desafíos del mundo digital. Lo hice, en primer lugar, porque mi campo de trabajo como historiador es la historia de la cultura escrita en la larga duración, entre la Edad Media y el mundo contemporáneo. En esta historia, la Revolución Digital introduce una ruptura radical en cuanto a la relación entre las formas de inscripción y circulación de los textos y los procesos que construyen su sentido. Aunque soy o, mejor dicho tal vez, es porque soy un historiador de la primera modernidad, entre los siglos XV y XIX, que me parece menester entender las mutaciones que transforman todas nuestras relaciones con la palabra escrita. En segundo lugar, no olvido que fui en dos momentos diferentes el presidente del Consejo Científico de la Bibliothèque Nationale de France. Como en todas las bibliotecas del mundo, se debían afrontar los retos planteados por el presente y, en primer lugar, la digitalización de las colecciones patrimoniales, sus prioridades, las modalidades de financiación, o su efecto sobre la frecuentación de las salas de la biblioteca. Finalmente, fue mi experiencia como *visiting professor* desde hace quince años en la Universidad de Pensilvania, en Filadelfia, la que me inspiró el tema de reflexión que quiero compartir con ustedes porque esta experiencia asocia aún más fuertemente que en Francia el trabajo científico sobre los libros antiguos preservados en las colecciones de libros raros y manuscritos de la biblioteca con un proceso rápido, poderoso, de digitalización de las prácticas docentes y estudiantiles y, más generalmente, de todas las relaciones sociales. Para pensar estas mutaciones del presente debemos recordar que los lectores del presente son herederos de una historia de muy larga duración.

El orden de los discursos tal como lo conocemos se estableció a partir de la relación que vincula tipos de objetos (el libro, el diario, la revista, el cartel, el formulario, la carta, etcétera), categorías de textos y formas de lectura o de uso. Semejante vinculación generó en el mundo occidental la sedimentación de tres innovaciones fundamentales. En primer lugar, entre los siglos II y IV, el libro que llamamos *códex* o *códice*, compuesto por cuadernos, hojas y páginas reunidos dentro de una misma encuadernación, sustituyó a los rollos que leían los lectores de la Antigüedad griega y romana. En segundo lugar, en los siglos XIV y XV apareció en la cultura manuscrita, antes de Gutenberg, un nuevo tipo de libro

* Este artículo es el texto de una conferencia dictada en la Universidad de los Andes en Bogotá en noviembre de 2017, como parte de la Presentación de Publicaciones de la Facultad de Ciencias Sociales. Hemos mantenido su carácter de discurso oral.

** Professoremérito del Collège de France y *Visiting Professor* de la University of Pennsylvania (Estados Unidos).
✉ roger.chartier@ehess.fr

que contenía dentro de un mismo volumen obras compuestas por un solo autor, mientras que esta relación caracterizaba antes casi de manera exclusiva a las autoridades antiguas y cristianas, a las obras en latín y a los corpus jurídicos. Finalmente, en el siglo XV, la imprenta se impuso como la técnica más utilizada para la reproducción de lo escrito y la producción de los libros. Somos herederos de esta historia, tanto para la definición de lo que es para nosotros un “libro” —es decir, a la vez un objeto y una obra, un *opus mechanicum* y un discurso dirigido a los lectores, decía Kant— como para nuestra percepción de la cultura escrita, que se fundamenta en distinciones inmediatamente visibles entre diversos objetos, manuscritos e impresos.

Es este orden de los discursos el que transforma profundamente la textualidad electrónica. Es ahora un único soporte —la pantalla de la computadora— el que hace aparecer frente al lector diversas clases de textos, tradicionalmente distribuidos entre objetos distintos. Todos los textos son leídos sobre el mismo objeto (la pantalla) y en las mismas formas (generalmente aquellas decididas por el lector). Se crea así una continuidad textual que no diferencia más los diversos discursos a partir de su materialidad propia y que hace difícil la percepción de las obras como tales, en su coherencia e identidad. La lectura frente a la pantalla es generalmente discontinua, que busca, a partir de palabras claves o rúbricas temáticas, el fragmento textual del cual quiere apoderarse sin que necesariamente sea percibida la totalidad textual que contiene este fragmento. Así, en el mundo digital, todas las entidades textuales son como bancos de datos que procuran fragmentos, cuya lectura no supone la comprensión o la percepción de las obras en su identidad singular.

Es la razón por la cual no debemos menospreciar la originalidad y la importancia de la Revolución Digital. Semejante revolución obliga al lector a alejarse de todas las herencias que lo han plasmado, ya que es, al mismo tiempo y por primera vez en la historia de la humanidad, una revolución de la técnica de la reproducción de los textos, una revolución de la materialidad del soporte de lo escrito y una revolución de la relación con lo escrito.

La discontinuidad existe incluso en las aparentes continuidades. La lectura frente a la pantalla es segmentada, atada al fragmento más que a la totalidad. ¿Acaso no resultaría, por este hecho, la heredera directa de las prácticas permitidas y suscitadas por el códex? En efecto, es el códex el que invitó a hojear los textos, apoyándose en sus índices, o bien, a “saltos y brincos”, “à sauts et à gambades”, como decía Montaigne. Fue el códex el que invitó a comparar diferentes pasajes en el mismo libro, como lo quería la lectura tipológica de la Biblia, o a extraer y copiar citas y sentencias, así como lo exigía la técnica humanista de los lugares comunes. Sin embargo, la similitud morfológica no debe llevar al engaño. La discontinuidad y la fragmentación de la lectura no

tienen el mismo sentido cuando están acompañadas de la percepción de la totalidad textual contenida en el objeto escrito, y cuando la superficie luminosa muestra fragmentos textuales destacados del corpus, de la totalidad de donde fueron extraídos.

Nuestro presente está caracterizado por una nueva técnica y forma de inscripción, difusión y apropiación de los textos. Las pantallas del presente no ignoran la cultura escrita, sino que la transmiten, la multiplican y aseguran su proliferación. Pertenecen a la galaxia de Gutenberg. Sin embargo, no sabemos muy bien todavía cómo esta nueva técnica transforma la relación de los lectores con lo escrito. Sabemos que la lectura del rollo de la Antigüedad era una lectura continua, que movilizaba el cuerpo entero, que no permitía al lector escribir mientras leía. Sabemos que el códex, manuscrito y después impreso, permitió gestos inéditos (hojear el libro, citar precisamente pasajes, establecer índices) y favoreció una lectura fragmentada, pero una lectura que siempre percibía la totalidad de las obras, identificadas por su materialidad misma.

¿Cómo caracterizar la lectura del texto electrónico? Para comprenderla, Antonio Rodríguez de las Heras formuló dos observaciones que nos obligan a abandonar las percepciones espontáneas y los hábitos heredados. En primer lugar, debe considerarse que la pantalla no es una página, sino un espacio de tres dimensiones, que tiene profundidad, y en el que los textos brotan sucesivamente desde el fondo de la pantalla para alcanzar la superficie iluminada. La lectura frente a la pantalla debe pensarse, entonces, como desplegando el texto electrónico o, mejor dicho, una textualidad blanda, móvil e infinita.

Semejante lectura “dosifica” el texto, como dice Rodríguez de las Heras; no necesariamente se atiene al contenido de una página y compone sobre la pantalla ajustes textuales, singulares y efímeros. Como lo ejemplifica la navegación por la red, semejante lectura discontinua, segmentada, fragmentada, conviene bien para las obras de naturaleza enciclopédica, que nunca fueron leídas desde la primera hasta la última página. Pero parece menos favorable para los textos cuya apropiación supone una lectura continua, una familiaridad con el texto y la percepción de la obra como creación original y coherente.

Esta lectura produce otro desafío referido a lo que podemos llamar el orden de las propiedades, si se entiende la palabra “propiedad” tanto en un sentido jurídico —el que fundamenta la propiedad literaria y el *copyright*— como en un sentido textual —el que define las características propias de los textos—. El texto electrónico puede ser móvil, maleable, abierto. El lector puede intervenir en su contenido mismo y no sólo en los espacios dejados en blanco por la composición tipográfica. Puede desplazar, recortar, extender, recomponer las unidades textuales de las cuales se apodera. En este proceso se borra la asignación de los textos a un nombre de autor, ya que pueden ser

constantemente modificados por una escritura colectiva, sucesiva, polifónica, que da realidad al sueño de Foucault en cuanto a la deseable desaparición de la apropiación individual de los discursos —lo que llamaba la “función autor”—.

Pero esta movilidad lanza un desafío radical a los criterios y categorías que, desde el siglo XVIII por lo menos, identifican las obras a partir de su identidad, su singularidad y su originalidad. El reconocimiento de la propiedad del autor sobre su creación y, por ende, la del editor a quien la transmite suponía que la obra fuese reconocible en su identidad fundamental, cualquiera fuese la forma material de su publicación. Un vínculo estrecho se estableció entre la identidad *reproducible* de los textos y el régimen de propiedad que protege los derechos de los autores y de los editores. Es esta relación la que pone en cuestión el mundo digital proponiendo textos blandos, ubicuos, palimpsestos.

Tal interrogante conduce a abrir una reflexión sobre los dispositivos que permiten delimitar, designar e identificar textos estables, dotados de una identidad perpetuada e identificable, en el mundo móvil de la textualidad digital. Esta reorganización parece una condición para que puedan protegerse tanto los derechos económicos y morales de los autores como la remuneración o el provecho de la edición electrónica. Impone la distinción entre dos formas de “publicación” digital: la que ofrece textos abiertos, maleables, gratuitos, disponibles sobre la red, y la que resulta de un trabajo editorial que fija o cierra los textos publicados para el mercado. Así, el libro digital estaría definido por oposición a la comunicación electrónica libre y espontánea que autoriza a cada uno a poner en circulación en la red sus ideas, opiniones o creaciones. Se podría reconstituir en la textualidad electrónica un orden de los discursos que permite diferenciarlos según su identidad y autoridad propias. No debemos, sin embargo, menospreciar la importancia de las mutaciones o rupturas introducidas por la textualidad electrónica. El caso de los periódicos que constituyeron —y todavía constituyen— una parte importante de las publicaciones de las editoriales electrónicas lo puede ilustrar.

La difusión masiva de los periódicos científicos en una forma electrónica plantea dos interrogantes fundamentales. En primer lugar, la cuestión del acceso al conocimiento. Se entabló una batalla entre los investigadores, que reclaman el acceso libre y gratuito a los artículos científicos, y las editoriales de revistas que, como Springer (2.239 revistas), Elsevier (3.264 revistas) y Wiley (2.394 revistas), imponen precios de suscripción enormes (el promedio para las revistas de química es de 5.100 dólares) y multiplican los dispositivos capaces de impedir la redistribución electrónica de los artículos. Esta batalla indica la tensión entre dos lógicas que atraviesan el mundo digital: la lógica intelectual, heredada de la Ilustración, que exige el acceso libre y compartido

al saber, y la lógica económica, también reforzada en el siglo XVIII, basada en los conceptos de *propiedad intelectual* y *mercado*. En 2001, 14.000 investigadores, principalmente en el campo de las ciencias biológicas, firmaron una petición que exigía el acceso gratuito e inmediato a los textos publicados por las revistas científicas, y, hoy en día, la Public Library of Science publica siete revistas sobre biología, genética y medicina que garantizan el *Open Access* a los resultados científicos. En respuesta, algunas revistas han decidido permitir semejante acceso libre a sus artículos, algunos meses después de la fecha de la publicación electrónica de los artículos. Es el caso de *Molecular Biology of the Cell*, revista de la *American Society for Cell Biology* que permite un acceso abierto a sus números dos meses después de su publicación.

Segunda apuesta: la transformación de las prácticas de lectura de las revistas o de los periódicos. Mientras que en la forma impresa cada artículo está ubicado en una contigüidad física, material, con todos los otros textos publicados en el mismo número, en la forma electrónica los artículos se encuentran y se leen a partir de las arquitecturas lógicas que jerarquizan campos, temas y rúbricas. En la primera lectura, la construcción del sentido de cada texto particular depende, aunque sea inconscientemente, de su relación con los otros textos que lo anteceden o lo siguen y que fueron reunidos dentro de un mismo objeto impreso por una intención editorial inmediatamente comprensible. La segunda lectura procede a partir de una organización enciclopédica del saber que propone textos sin otro contexto que el de su pertenencia a una misma temática. En un momento en el que las bibliotecas digitalizan sus colecciones (particularmente de diarios y revistas), semejante observación recuerda que, por fundamental que sea este proyecto, nunca debe conducir a la relegación, o, peor, a la destrucción de los objetos impresos que han transmitido y todavía transmiten los textos a sus lectores.

Como lo mostró el libro del novelista Nicholson Baker, *Double Fold: Libraries and the Assault on Paper* (2001), este temor no carece de fundamentos. Entre los años sesenta y noventa, el Council on Library Resources de Estados Unidos soportó una política de microfilmación de diarios y libros de los siglos XIX y XX, cuyo resultado fue la destrucción física de millones de volúmenes y periódicos, con la doble justificación de que se encontraban preservados sobre otro soporte y que era menester vaciar los anaqueles de las bibliotecas para poder recibir las nuevas adquisiciones. Esta operación, llamada “deaccessioning” en el inglés de la biblioteconomía, encontró su forma paroxística en 1999, cuando la British Library decidió microfilmear y destruir o vender todas sus colecciones de diarios americanos publicados después de 1850. Los compradores fueron mercaderes que desmembraron las colecciones de diarios para vender sus números como recuerdos para cumpleaños. Sin embargo, aun antes del escándalo británico, la política de las bibliotecas estadounidenses cambió y la “matanza”

denunciada por Nicholson Baker no ocurrió más. Pero las pérdidas son enormes e irremediables, y con las posibilidades y promesas de la digitalización, la amenaza de otra destrucción no se ha alejado definitivamente. Entonces, como lectores, como ciudadanos, como herederos del pasado, debemos exigir que las operaciones de digitalización no ocasionen la desaparición de los objetos originales y que siempre se mantenga la posibilidad del acceso a los textos tal como fueron impresos y leídos en el tiempo de su publicación y en el correr de los siglos.

La comunicación electrónica es el mundo de la superabundancia textual, cuya oferta desborda la capacidad de apropiación de los lectores. A menudo la literatura ha enunciado la inutilidad de los libros acumulados, el exceso de los textos demasiado numerosos. ¿Cómo pensar la lectura frente a una oferta textual que la técnica electrónica multiplica aún más que la invención de la imprenta? ¿Será o bien ya es el texto electrónico un nuevo libro infinito, monstruoso, indomable, que nadie puede leer, tal como el libro de arena imaginado por Borges? ¿O bien propone ya un nuevo soporte a la cultura escrita que favorece y enriquece el diálogo que cada texto entabla con cada uno de sus lectores?

Para responder al dilema debemos subrayar tres desafíos fundamentales que lanza el nuevo mundo digital. El primero es lingüístico. ¿Cómo, en efecto, pensar la lengua de este nuevo mundo que construye la comunicación electrónica? Su posible universalidad se remite a las tres formas de idiomas universales propuestos en el pasado. La primera, que es la más inmediata y evidente, se vincula con la dominación de una lengua particular, el inglés, como lengua de comunicación universalmente aceptada, dentro y fuera del medio electrónico, tanto para las publicaciones científicas como para los intercambios informales de la red. Se remite también al control por parte de las empresas multimedia más poderosas —es decir, estadounidenses— del mercado de las bases de datos numéricos, de los *websites* o de la producción y difusión de la información. Semejante imposición de una lengua dominante y del modelo cultural que conlleva conduce necesariamente a una destrucción mutiladora de las diversidades.

Pero la dominación del inglés no debe ocultar otras dos innovaciones lingüísticas de la textualidad electrónica. Por un lado, el texto electrónico reintroduce en la escritura algo de las lenguas formales que buscaban un lenguaje simbólico capaz de representar adecuadamente los procedimientos del pensamiento. Es así que Condorcet subrayaba en su *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain* la necesidad de una lengua universal, apta para formalizar las operaciones del entendimiento y los razonamientos lógicos. Esa lengua universal debía escribirse mediante signos convencionales, símbolos, cuadros y tablas; todos estos "métodos técnicos" que permiten captar las relaciones entre los objetos del conocimiento

y las operaciones cognitivas. Si Condorcet vinculaba estrechamente el uso de esta lengua universal con la invención y la difusión de la imprenta, en el mundo contemporáneo es en relación con la técnica digital que se esboza un nuevo idioma formal, inmediatamente descifrable por cada uno. Fue el caso con la invención de los símbolos, los *emoticons*, que utilizan de una manera pictográfica algunos caracteres del teclado (paréntesis, coma, punto y coma, dos puntos) para indicar el registro de significado de las palabras (alegría, tristeza, ironía). Más recientemente es el caso con la multiplicación de los *emojis* que permiten traducir pictográficamente los discursos mismos. Ilustran la búsqueda de un lenguaje no verbal y que, por esta misma razón, pueda permitir la comunicación universal de las emociones y fijar el sentido del discurso.

Por otro lado, es posible decir que el inglés de la comunicación electrónica es más una lengua artificial, con su vocabulario y sintaxis propios, que una lengua particular elevada —como lo fue antes el latín— al rango de lengua universal. De una manera más escondida que en el caso de las lenguas inventadas en el siglo XIX, el inglés transformado en *lingua franca* electrónica es una especie de lengua nueva que reduce el léxico, simplifica la gramática, inventa palabras y multiplica abreviaturas. Esta ambigüedad propia de una lengua universal que tiene como matriz una lengua ya existente no puede sino reforzar la certidumbre de los estadounidenses de la hegemonía de su lengua y de la inutilidad del aprendizaje de otras.

Un segundo desafío es biblioteconómico. Ciertamente la revolución electrónica pareció augurar el fin de las bibliotecas. La comunicación a distancia hace concebible, si no inmediatamente posible, la disponibilidad universal del patrimonio escrito al mismo tiempo que hace que la biblioteca ya no sea el único lugar de conservación de ese patrimonio. Todo lector, sea cual fuere su lugar de lectura, podrá recibir cualquiera de los textos que componen la biblioteca sin muros en la que se hallarán, en una forma electrónica, todos los libros que fueron compuestos.

El sueño no carece de seducción. Pero no debe engañarnos. Ante todo, es necesario recordar que la conversión electrónica de los textos, cuya existencia no empieza con la nueva técnica, no debe impedir la posibilidad de encontrarlos en las formas materiales que fueron las suyas durante la historia de su publicación y circulación. Es la razón por la cual hoy más que nunca la tarea esencial de las bibliotecas es recoger, proteger y hacer accesibles los objetos escritos tal como fueron publicados y leídos. Si las obras que difundieron esos objetos se comunicaran y se conservaran únicamente en una forma electrónica, existiría el gran riesgo de que se perdiera la inteligibilidad de una cultura textual identificada con los objetos que la han transmitido. La biblioteca del futuro debe ser una biblioteca electrónica, por supuesto, pero debe ser también el lugar donde se mantienen el

conocimiento y la apropiación de la cultura escrita en sus materialidades sucesivas o simultáneas.

Las bibliotecas deben también ser un instrumento que permita a los nuevos lectores encontrar su camino en el mundo digital que los desconcierta. Pueden desempeñar un papel fundamental en el aprendizaje de las técnicas capaces de asegurar a los más desprovistos de los lectores el dominio y uso de la nueva oferta textual. La comunicación electrónica de los textos no transmite por sí sola el saber necesario para utilizarla, ni protege contra los errores y las falsificaciones. El lector navegante del mundo digital corre el peligro de perderse en un mar textual sin faro ni puerto.

El mundo digital da una forma paroxística a la tensión, presente desde la Biblioteca de Alejandría, entre el miedo a la pérdida, la desaparición, el olvido y, por otro lado, el temor al exceso, a los libros inútiles, al desorden de los discursos. Michel Foucault (1992) designó con las palabras “proliferación” y “rarefacción” los elementos contradictorios de la obsesión que caracteriza en cada momento histórico la voluntad de poner orden en los discursos. Paul Ricœur (2004) recordó que el olvido es la condición misma de la memoria. Y Funes, el desdichado “memorioso”, nos advierte acerca de que una memoria absoluta impide tanto el sueño como el pensar. Hoy en día las posibilidades digitales prometen el archivo total, la conservación sin falta, una memoria sin límites, y, al mismo tiempo, producen el desasosiego frente a la imposibilidad de domar, organizar, juzgar la sobreabundancia de la información. La biblioteca puede ayudar a controlar esta tensión entre el conservar y el borrar.

Por último, la biblioteca puede reconstituir alrededor del libro y de la cultura escrita las sociabilidades y los intercambios que hemos perdido. La historia de la lectura enseña que esta se transformó en una práctica silenciosa, solitaria, que borró los momentos compartidos alrededor de lo escrito y de la lectura colectiva hecha en voz alta —las reuniones familiares, las asambleas amistosas y literarias, los compromisos militantes—. En un mundo en el que la lectura se identifica con una relación personal, íntima, privada, con el libro, o bien con la conversación sin presencia de la red, la biblioteca debe multiplicar las circunstancias y las formas para que los lectores se encuentren alrededor del patrimonio escrito, de la creación intelectual, de las experiencias estéticas. De ese modo puede la biblioteca contribuir a construir el espacio público y crítico que necesitan nuestras sociedades.

En nuestras sociedades, la información, multiplicada en sus fuentes y formas, se encuentra a menudo manipulada por los poderes económicos, políticos o mediáticos. Resistirse a semejante proliferación y manipulación supone que los ciudadanos puedan adquirir los instrumentos intelectuales que permiten evitar el sometimiento a los mensajes que reciben. La biblioteca no

es el único lugar donde puede hacerse el aprendizaje de este uso crítico de la razón. Pero es uno de ellos.

El tercer desafío es pedagógico, como lo subrayó Emilia Ferreiro (2001, 19 y 38):

La tecnología, de por sí, no va a simplificar las dificultades del proceso de alfabetización, ni es la oposición “método vs. tecnología” la que nos permitirá superar las desventuras del analfabetismo [...] La alfabetización no es un lujo ni una obligación: es un derecho. Un derecho de niños y niñas que serán hombres y mujeres libres (al menos eso es lo que deseamos), ciudadanas y ciudadanas de un mundo donde las diferencias lingüísticas y culturales sean consideradas como una riqueza y no como un defecto. La diversidad cultural es tan importante como la biodiversidad: si la destruimos, no seremos capaces de recrearla.

Todos los interrogantes del presente radican en estos desafíos. ¿Cómo mantener el concepto *propiedad literaria* —definido desde el siglo XVIII a partir de una identidad perpetuada de las obras— reconocible más allá de cuál fuera la forma de su publicación, en un mundo donde los textos son posiblemente móviles, maleables, abiertos? ¿Cómo reconocer un orden del discurso, que fue siempre un orden de los libros o, para decirlo mejor, un orden de las producciones escritas que asocia estrechamente autoridad de saber y forma de publicación, cuando las posibilidades técnicas permiten, sin controles ni plazos, la puesta en circulación universal de opiniones y conocimientos, pero también de errores y falsificaciones? ¿Cómo preservar maneras de leer que construyen la significación a partir de la coexistencia de textos en un mismo objeto (un libro, una revista, un periódico), mientras que el nuevo modo de conservación y transmisión de los escritos impone a la lectura una lógica analítica y enciclopédica donde cada texto no tiene otro contexto más que su pertenencia a una misma temática?

Estas cuestiones ya han sido largamente discutidas por los innumerables discursos que intentan conjurar, por su propia abundancia, la desaparición anunciada del libro y de la cultura escrita que es la suya. A la admiración ante las increíbles promesas de las navegaciones entre los archipiélagos de los textos digitales se le ha opuesto la nostalgia por un mundo de lo escrito que ya habríamos perdido. ¿Pero en verdad hay que elegir entre el entusiasmo y el lamento? Para situar mejor las grandezas y miserias de las transformaciones del presente, tal vez sea útil apelar a la única competencia que pueden reclamar los historiadores. Siempre han sido lamentables profetas, pero, a veces, al recordar que el presente está hecho de pasados sedimentados, han podido contribuir a un diagnóstico más lúcido en cuanto a las novedades que seducían o espantaban a sus contemporáneos.

En la historia de larga duración de la cultura escrita, cada mutación (la aparición del códex, la invención de la imprenta, las revoluciones de la lectura) produjo una coexistencia original entre los antiguos objetos y gestos y las nuevas técnicas y prácticas. Es una semejante reorganización de la cultura escrita que la Revolución Digital nos permite imaginar, buscar o desear. Sin embargo es verdad que la forma digital de producción y transmisión de los escritos lanza un profundo desafío tanto a las categorías que fundamentaron el orden del discurso que es todavía el nuestro (por ejemplo, las nociones de *propiedad intelectual*, *originalidad de la obra*, *individualización de la escritura*) como a la relación con la cultura escrita, siempre plasmada hasta la computadora por la inseparable vinculación entre el texto y el objeto, la obra y el libro, los artículos y la revista o el periódico.

Es la razón por la cual me parece que el porvenir se ubica en la tensión entre discursos y prácticas. Los discursos, tal como esta conferencia, intentan convencer a las instituciones, los poderes públicos y los lectores de hoy de que las varias formas de inscripción, publicación y apropiación de los escritos no son equivalentes y que, por ende, una no puede o no debe sustituirse por otra. Así, las colecciones digitalizadas no son equivalentes a los libros impresos de las bibliotecas, los periódicos electrónicos a su edición sobre papel, o la compra de libros *online* a las librerías. Es la percepción inmediata, evidente pero engañosa, de la equivalencia la que puede explicar las contradicciones entre la resistencia del libro impreso en el mercado editorial (solamente entre 3% y 4% en Francia tanto en 2013 como en 2001) y la crisis de todas las instituciones de la cultura impresa: crisis de los periódicos que abandonan su edición impresa, crisis de las librerías que desaparecen, crisis de las bibliotecas que relegan sus colecciones. Es en contra de la idea de equivalencia que debe afirmarse la necesidad de mantener y asociar las tres culturas de lo escrito que tenemos hoy en día: la escritura a mano, la publicación impresa, el mundo digital.

Pero los discursos no bastan para producir las realidades que desean. Lo que las determina es el conjunto de las

prácticas, con o sin discurso, de los usuarios —y, en este caso, los *digital natives* para quienes la cultura escrita es de entrada la cultura de la red—. Para ellos, el mundo no es más un escenario, como en Shakespeare, sino una serie de pantallas, las de los computadores, tabletas, celulares y *smartphones* que digitalizan tanto las prácticas de la lectura y de la escritura como la totalidad de las relaciones sociales y las categorías que las definen y designan: amistad, intimidad, privacidad e identidad. Son *sus* hábitos, usos y deseos, más que *nuestros* discursos, los que plasman el porvenir de la cultura escrita y la muerte, o no, del libro, entendido como un objeto específico en la cultura escrita y como una forma particular de discurso que supone una fuerte relación entre la totalidad de la narración o de la argumentación y cada uno de los fragmentos (partes, párrafos, frases) que la componen. Como escribió Walter Benjamin (1989), las técnicas producen efectos posiblemente contradictorios, que dependen de sus usos por parte de las instituciones y de los individuos. No existe cualquier determinismo tecnológico, sino prácticas impuestas o espontáneas que dan su sentido a las posibilidades técnicas. La digitalización del mundo es una magnífica promesa y, al mismo tiempo, un peligro y una pérdida si ignora o borra las herencias que construyeron las tres culturas —manuscrita, tipográfica y digital— que permitieron y todavía permiten múltiples experiencias del leer y del escribir.

Referencias

1. Baker, Nicholson. 2001. *Double Fold: Libraries and the Assault on Paper*. Nueva York: Random House.
2. Benjamin, Walter. 1989. "La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica". En *Discursos interrumpidos I*, 15-60. Buenos Aires: Taurus.
3. Ferreiro, Emilia. 2001. *Pasado y presente de los verbos leer y escribir*. México: Fondo de Cultura Económica.
4. Foucault, Michel. 1992. *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets Editores.
5. Ricœur, Paul. 2004. *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.